



PASATIEMPO XII.  
**TERTULIA**  
**DE LA ALDEA,**

Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCESOS  
notables, Aventuras divertidas, y Chistes gra-  
ciosos, para entretenerse las noches del  
Invierno, y del Verano.

SU AUTOR  
**DON HILARIO SANTOS ALONSO,**  
*residente en esta Corte.*

CON LICENCIA.

---

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martin, calle de la  
Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año 1678.





# PASATIEMPO XII. TERTULIA DE LA ALDEA.

Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCESOS  
 notables, Aventuras divertidas, y Chistes gra-  
 ciosos, para entretenerse las noches del  
 Invierno, y del Verano.

SU AUTOR  
 DON HILARIO SANTOS ALONSO,  
 residente en esta Corte.

CON LICENCIA.

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martín, calle de la  
 Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año 1678.



---



---

## PASATIEMPO XII.

---



---

**F**ueron nombrados dos noches antes para mantener la Tertulia en la presente, el Escribano, el tio Mauro Pellejero, y el señor Medico; porque atenidos á los consejos del señor Cura, las noches antecedentes se havian leído por su mandado dos Historias utiles, y edificativas, que fueron *El Diluvio Universal*, y *El Juicio Final del Mundo*, que los sirvieron de mucho provecho à todos los oyentes, tanto como si huvieran oído quatro Sermones de Adviento, y Quaresma; y al mismo tiempo quedaron muy gustosos, y compungidos de su leyenda; porque verdaderamente el Autor pone los sucesos de aquellos terribles, y funestos dias muy claros, y patentes, atestiguados de la Sagrada Escritura, y Santos Padres. Con este precedente desahogo, ó descanso, venian los referidos mantenedores con buenas ganas, y especial suceso, aventuras, y chistes, por haver tenido tiempo suficiente para su estudio; y por no perder tiempo, salió luego el señor Medico, y refirió uno de los sucesos mas singulares que se esperan oir en los Historiadores, que fue el siguiente.

Señores, dijo el Medico, acabo hoy de leer en dos célebres Autores, Paulino Diacono, en su *Historia de las cosas notables de Lombardia*, y en el Historiador Pineda, en su *Monarquía*: como reynando en Milán Bertario, cuyo Reyno dividido le dejó su padre, dando la mitad de él, por lo perteneciente á Pavía, á su hermano Gundiperto. Este, ambicioso



4  
del todo , pretendió usurparle su parte á Bertario. Para esto procuró valerse de Grimoaldo , Gran Duque de Benavente en Abruzzo. Trajole , pues , á Pavía , y la ayuda que le dió , fue matarle á puñaladas , por alzarse con la Corona , como lo hizo , casandose con una hermana del muerto. Todo esto lo urdió un traydor , que lo pagó con la vida ; porque un fiel criado del Rey difunto , en venganza de su Señor , le dió de estocadas : que traydores , y mas con las Magestades , nunca paran en menos. Quando supo Bertario en Milán la desgracia de su hermano , y la traycion del de Benavente , se dió tambien por perdido , viendole tan pujante , y poderoso. No se atrevió á esperarle , por no dar en sus manos hechas á matar sangre Real : y asi , dejando á Milán con la Guarnicion que pudo , y por Gobernadora á la Reyna Rodelinda , su muger , en quien yá tenia un hijo , llamado Guniperto , se acogió á Cacano , Rey de los Hunos.

Grimualdo marchó luego á Milán , y á pocos combates se apoderó de ella , tomando por prisioneros á la Reyna , y al Principe , que con buena guarda los envió presos á Benavente. Yá con esto se hallaba Rey absoluto de toda Lombardía ; sí bien , como era alcanzado por mal medio , y tan tyranicamente , le hacia mucho estorvo Bertario , Rey , en fin , legitimo , aunque le miraba ausente , fugitivo , y pobre. Parecióle , que era aquel mucho padrasto , y reynar siempre con miedo. Por esto envió á desafiarse á Cacano , si no echaba á Bertario de su casa. Temió Cacano el lance , y aunque sintió desamparar á su amigo , obligaronle sus conveniencias á rogarle , que se fuera. Lastimado , pues , Bertario de su amarga



5  
ga suerte, y mas quando supo la prision de su muger, y su hijo, se halló perplejo, y confuso, sin saber adonde irse, ni á quien acogerse sino á Dios, á quien suplicaba muy encarecidamente le amparase en aquel conflicto. Comunicó sus penas con Hunulfo, vasallo fiel, que quiso hacerle lado en el destierro, dejandose en Milán perdida su hacienda, y casa.

Con éste, y con otro criado que le servia á la mesa se puso á conferir sus pensamientos; y despues de resueltos varios pareceres, vino el Rey á resolver el que le estaria mejor: hacer del ladron fiel, como dicen, es irse á los pies del tyrano, y pedir misericordia. Juzgaba Bertario, que de esta suerte, y viendo su humildad, se vencería Grimoaldo, y le dejaría por lo menos la Corona de Milán, contentandose él con la de Pavía. Resueltos en este parecer, envió delante á su amigo Hunulfo por Embajador, para que lo comunicase, y tratase con Grimoaldo. El tyrano se holgó mucho, y dandole seguro de paz, envió á llamarle. Vino Bertario á la Corte, que de derecho era suya. Fue recibido de Grimoaldo con muchos alborozos, y alegrías (si bien todo fingido) é hizo que se le diese en Palacio quarto muy aderezado, y con el aparato, y grandeza debida. En sabiendose en la Corte la venida de su verdadero Rey, apenas pudo contenerse el contento, y el júbilo. Todos los Nobles, y Plebeyos iban á porfia á Palacio á verle, y visitarle. El gozo comun, el cortejo, y el aplauso despertó sospechas en los de la vanda del tyrano, gente maldiciente, y chismosa.

Algunos, pues, de esta data le dieron á entender á Grimoaldo, que no eran buenas aquellas visitas, y que podrian enderezarse contra su persona, y á des-

ce.



ceñirle el Laurél. Hizole fuerza la propuesta, y dejóse decir en presencia de muchos, que antes de amanecer haria matar á Bertario, con que aseguraria todo cuidado. No faltó quien de la parte de Bertario oyese el dicho, y se lo avisase. Entendido, pues, Bertario del riesgo, y de la muerte que estaba prevenida, le puso en sumo cuidado. Contóselo á su amigo, y al otro criado, de quien mas se fiaba; y estos dos, viendo conocidamente el aprieto de su Rey, y que de toda posibilidad no havia portillo abierto para escapar del tyrano ( porque yá era de noche ) las puertas del Palacio, y de la Ciudad todas cerradas, rodeados, asi dentro, como fuera, de sus enemigos, ellos dueños de las armas, qué recurso podia buscar un triste, sino clamar á Dios con todas veras, que siempre favorece á los atribulados? Pues fue asi, descubriendole el alivio por medio de sus dos fieles criados, y amigos. Determinaronse estos, como leales, á una hazaña, digna de esculpirse en bronce. Consolaron, pues, á su Rey lastimado, y afligido: dijeronle, que disimulase, y que esperase en el Cielo, que acosta de sus vidas le havian de poner en salvo.

Llegó en esto la cena, muy abundante, asi de manjares esquisitos, como de vinos regalados, que como á huesped le enviaba Grimoaldo; y por modo de gracia, y de llaneza le envió á decir, que le hiciese favor de echarle desde la mesa quatro brindis, y que no anduviese melindroso en el comer, y beber, porque sería afrentarle, y darle á entender, no eran los platos, ni el vino de su gusto. Bien advertido Bertario del regalo ( como quien yá sabia la zagalarda que le llevaban armada ) que era aquello obligarle á que se hiciese del vino, y se sepultase en sue-



sueño , para con mas libertad hacer el hecho : valióse , pues , de la contraria , sin darse por entendido ; y fue , que sin que lo entendiesen muchos , que de la parte del tyrano le asistian á la mesa , le mandó á su fiel Camarero , que le servia la copa , que en lugar de vino le llenase de agua el frasco de que él havia de beber. Con esta cautela brindaba , y hacia la razon muy á menudo , en contemplacion de los que traydores disimulados le instaban á ello. Al mismo tenor hizo la desecha de embriagado , de modo , que desde la mesa dejó lo llevasen á la cama.

Acabada , pues , la cena , y despedidos muy contentos los que havian ido á servir de atizadores ( sí bien fueron bien burlados) los dos vasallos fieles, Hunulfo , y su Camarero , entraron diligentes en la recamara donde estaba Bertario. Saludaronle corteses , y contaronle la traza que havian prevenido. Sujetóse á su disposicion , estimandoles mucho su lealtad. Antes que se cerrase Palacio , mientras andaba la trisca , y bulla de la cena , havian hecho traer los aparejos necesarios que podian servir para un mozo de cocina. Con ellos , pues , disfrazaron á su Rey , y desmeleñado el cabello , y tizado el rostro , le vistieron de suerte , que aun de ellos mismos quedó desconocido. Esto asi dispuesto , quedóse el uno en la recamara , para tener cerrada la puerta , y poder responder à lo que conviniese , yá arrestada la vida , y tragada la muerte : el otro , que fue Hunulfo , comenzó desde el aposento á dar voces , porque le oyesen los Soldados de la guarda , fingiendo , y bien fingido , que reñia con aquel criado , y éste era el pobre Rey , al qual , tratandole mal de palabras , y dandole algunos palos , y empellones , le iba arrojando la puerta afuera.

Los



Los que al alboroto, y ruido llegaron comen-  
 ron á reportar à Hunulfo, y hacerle cargo, por qué  
 maltrataba á aquel criado? A que respondió con una  
 colera fingida: No quieren Vms. que me enfade con  
 este borracho, que sin mas ni mas me ha hecho la  
 cama junto à la de Bertario, que està sepultado en  
 vino que ha bebido? Yo havia de dormir en su apo-  
 sento, ni verle mas la cara, ni apadrinar su embria-  
 guéz? Quedese con Dios Bertario, que yà estoy muy  
 harto de sus borracheras, y mas quiero irme à dor-  
 mir à un meson, ó casa de un amigo, que estar à su  
 lado así borracho. Andad vos, picaron, andad, que  
 vos teneis la culpa; juro à Dios, que haveis de dor-  
 mir esta noche al sereno; salid en hora mala, que en  
 casa no haveis de quedar, para que sepais como ha-  
 veis de servirme. Diciendo esto, le daba al desven-  
 turado Rey no muy pocos palos, que tan à lo vivo  
 era preciso hacer la representacion, para que nadie  
 adivinase el embeleco. Los Soldados de la guarda,  
 muy creidos por una parte, que aquello era verdad,  
 y por otra parte muy hechos à la risa, pensando,  
 que Hunulfo estaba mas embriagado que Bertario, y  
 que el criado que apalcaba (que no lo estaba ningun-  
 o) dejaronle seguir su tema, y salir de Palacio en la  
 forma dicha, riñendo, y vocando, hecho un loco:  
 traza la mas rara que se ha visto, y que importó  
 mucho.

En estando fuera de las puertas de Palacio, que  
 hasta alli era el mayor riesgo, cogió el buen Hunul-  
 fo de la mano à su Rey, pidiendole con làgrimas per-  
 don de sus fingidos desacatos, y con toda diligencia  
 llegaron à las murallas por la parte que eligió por  
 mas secreta. Subieron arriba, ayudados del cuida-  
 do,



do, y de la necesidad, que en tal caso prestan fuerzas. Desde alli con unas cuerdas fue Hunulfo descolgando al Rey. De la otra parte, para recibirle, estaban algunos criados de Bertario, que á diligencia de Hunulfo se havian salido de la Ciudad aquella noche antes de cerrar las puertas. Recibieronle, pues, gustosos; y tomando algunos caballos de los que andaban paciendo las dehesas, montaron en ellos, y á todo correr caminaron á Asti, Ciudad de Piamonte, donde el Rey tenia amigos. Dejemosle aqui haciendo sus diligencias para cobrar su Reyno, y librar á su muger, y vamos á ver en lo que pára la fidelidad de sus criados. Hunulfo, en descolgando al Rey, dicen, que acaso por no tener lugar, ó haver sentido gente, huyó, y se refugió á una Iglesia.

Apenas hubo amanecido, quando el tyrano Grimoaldo envió á toda la Guarda á prender á Bertario, con animo de matarle. Llegaron los Soldados á su quarto, llamaron á la puerta, y respondió, sin abrir, el criado que estaba adentro: dieron el recado de parte del Rey, en que llamaba á Bertario; á que satisfizo el astuto Camarero, que su señor dormia profundamente, y que él no se atrevia á despertarle, ni abrir la puerta, hasta que él se lo mandase. Fuese la Guarda con esta respuesta, y Grimoaldo bufando de corage, les mandó, que bolviesen, y que echando la puerta por el suelo, se le llevasen del modo que estuviese. Obedecieron el mandato, y ejecutando el rigor, se hallaron burlados, no hallando en la pieza sino solo al Camarero. Despicaron en él su enojo, dandole muchos palos, y cargandole de injurias. Maltratado de esta suerte, le llevaron á Grimoaldo, para que declarase donde estaba su señor. El con mucho des-

B

aho



ahogo , contó lo que pasaba , añadiendo , que si en aquello tenia culpa , alli estaba su vida para pagar con ella. Todos los circunstantes dijeron , que era digno de mil muertes , por embelecador , y mentiroso , y tanto mas Hunulfo , como principal autor de aquel engaño.

Mas Grimoaldo , que por mas apasionado , juzgaron , que hiciera un especial castigo , se pagó tanto de aquella fidelidad para con su dueño , que no solo los perdonó , sino que les hizo mercedes , á el uno , haciendole su Camarero , y á Hunulfo , que se le mandase salir de la Iglesia , y viniese á su presencia , que aplaudiendo su grande lealtad á su señor , le mandó restituir toda quanta hacienda se le havia quitado quando se huyó con Bertario. *A vasallos como estos ( dijo Grimoaldo ) que por librar á su Rey , arriesgan sus vidas , y hacen tales finezas , aunque ha sido en mi deservicio , es razon estimarlos , y premiarlos , pues cumplen con lo que deben á lo noble en servir á su señor.* Solo por esta accion merecia Grimoaldo la Corona , pues en el mayor encono , y pesadumbre , se desnudó de pasion , y conoció lo justo. Anduvo aun mas bizarro , quizá para admirarse mas ; pues haviendoles dado á entrambos oficios , y riquezas , como les preguntase un dia , si gustaban mas vivir con él honrados , y ricos , ó irse á Francia con Bertario ? y le respondiesen ellos , que mas querian pobreza , y hambre al lado de su señor , que riquezas , y oficios en su Corte , él les dió licencia , y seguro , para que con todos sus bienes se pasasen á Francia. Todo esto merecen los que á su Rey son leales , y al tiempo de la necesidad corresponden finos.

Nueve años reynó Grimoaldo tyranicamente en  
Lom-



Lombardía : mas como Coronas alcanzadas de esta suerte tienen casi siempre malos logros, sucedió, que un dia , estando recien sangrado , tiró con una ballesta á una paloma , y de la fuerza que puso , se le rompió la vena. El Cirujano que le fue á tomar la sangre , le puso ponzoña en la cisura , con que acudiendo pronto al corazon , en breve le quitó la vida. Este fue el infelíz fin de Grimoaldo. Avisóle el Cielo al desterrado Bertario , pues tenia puestas todas sus confianzas en él ; que quien en Dios espera , no saldrá burlado. Navegaba el buen Rey á Inglaterra á pedir favor al Rey de aquella Isla , para recobrar su Reyno , quando enmedio de su navegacion oyó una voz por el ayre , que le dijo : *Buelve Bertario , buelve á tus Estados , que yá tu enemigo es muerto.* Hizolo asi como el Cielo se lo ordenaba , partiendose á Milán , y desde alli á Pavía , donde fue recibido con grandes demostraciones , júbilos , y aplausos. Sin detenerse un punto marchó luego à Benavente à recobrar su muger Rodelinda , y à su hijo Guniperto. Cobróles sin costarle sangre ; y consolado , dando muchas gracias à Dios , bolvió à su Reyno alegre.

Empezó luego à poner las cosas en su antiguo sér : procedió piadoso con aquellos que no le havian sido muy fieles , aunque de sus vasallos havia pocos desleales ; pues todos siempre le quisieron bien. No quiso perder tiempo en mostrarse agradecido à su Dios: pues en accion de gracias, y para memoria del hecho, fundó en Pavía un Monasterio de Monjas, con la advocacion de Santa Agueda , en aquella misma parte del muro , por donde descolgado con las cuerdas , salió huyendo aquella noche de la tyranía de Grimoaldo ; christiano miramiento , y accion muy



devota , poner Virgenes que alaben siempre á Dios de noche , y dia en la parte que halló portillo un triste para evadir un peligro. A su imitacion hizo tambien la Reyna labrar una Iglesia rica de Nuestra Señora , dotada de todo lo necesario para su servicio. Con tales obras bien se deja entender , que le daría Dios felices fines. A sus fieles , y finos amigos, Hunulfo , y el Camarero , les colmó de premios , y honras , mirandose en ellos siempre dichoso , por tener vasallos tan leales. Ojalá , que estos recuerdos obliguen á quien leyere á ser con sus Reyes firmes, finos , fieles , y leales , hasta dar la vida por ellos.

Concluyó el Medico este singular suceso con admiracion de todos ; y el Escribano se ofreció á dar fin á la Historia de Don Quijote en su Primera Parte, donde se concluye con todo lo acontecido en la Venta , y haver sido llevado Don Quijote á su casa, donde se le puso en cura de su locura.

Dos dias eran yá pasados , los que havia que toda aquella ilustre compañía estaba en la Venta; y pareciendoles , que yá era tiempo de partirse , dieron orden, para que sin ponerse al trabajo de bolver Doña Dorothea, y D. Fernando con D. Quijote á su Aldea , con la libertad de la Reyna Micomiconi , pudiesen el Cura , y el Barbero llevarsele , como deseaban, y procurar la cura de su locura en la tierra. Lo que ordenaron fue , que se concertaron con un carretero de bueyes , que acaso acertó á pasar por alli , para que lo llevase en esta forma. Hicieron una como jaula de palos enrejados , capaz , que pudiese caber en ella holgadamente Don Quijote ; y luego Don Fernando, y sus Camaradas , con los Criados, y los Quadrilleros , juntamente con el Ventero , todos por orden,



den , y disposicion del Cura se disfrazaron , y cubrieron los rostros , de manera , que à Don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel Castillo havia visto. Hecho esto , con grandisimo silencio se entraron donde él estaba durmiendo , y descansando de las pasadas refriegas. Llegaron á él , que libre , y seguro de tal acontecimiento dormia ; y asiendole fuertemente , le ataron muy bien las manos , y los pies , que quando él despertó con sobresalto , no pudo menearse , ni hacer otra cosa mas que admirarse , y suspenderse de ver delante de sí tan estraños visages.

Luego dió en la quenta de lo que su continua , y desvariada imaginacion le representaba , y se creyó , que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado Castillo , y que sin duda alguna yá estaba encantado , pues no se podia menear , ni defender: todo à punto , como havia pensado , que sucediera , el Cura , trazador de esta máquina. Solo Sancho de todos los presentes estaba en su misma figura , el qual , aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo , no dejó de conocer quienes eran todas aquellas contrahechas figuras ; mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto , y prision de su amo , el qual tampoco hablaba palabra , atendiendo à ver el paradero de su desgracia , que fue , que trayendo alli la jaula , le encerraron dentro , y le clavaron dos maderos tan fuertes , que no se pudieran romper à dos tirones. Tomaronle luego en hombros , y al salir del aposento se oyó una voz temerosa , todo quanto la supo formar el Barbero , no el de la albarda , sino el otro , que decia : *O Caballero de la Triste Figura ! No te dé*  
afin-



afincamiento la prision en que vâs; porque así con viene, para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso, la qual se acabará quando el furibundo Leon Manchego, con la blanca Paloma Tobosina yogieren en uno, yá despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimonesco, de cuyo inaudito consorcio saldrán á luz del Orbe los bravos Cachorros, que imitarán las rumpantes garras del valeroso padre; y esto será antes que el seguidor de la fugitiva Ninfa haga dos vegadas á la vista de las lucientes imagenes con su rápido, y natural curso. Y tú, ó el mas noble, y obediente Escudero, que tuvo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narices, no te desmaye, ni descontente ver llevar así delante de tus mismos ojos á la flor de la Caballería Andante, que presto, si al pasmador del mundo le place, te verás tan alto, y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor. Y asegurote de parte de la sábia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verá por la obra; y sigue las pisadas del valeroso, y encantado Caballero, que conviene que vayas adonde pareis ensrambos: y porque no me es licito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sè.

Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profecía; porque luego coligió de todo en toda la significacion de ella, y vió, que le prometian el verse ayuntados en santo, y debido Matrimonio con su querida Dulcinéa del Toboso, de cuyo feliz vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien, firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dijo: O tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! ruegote, que pidas de mi parte al Sa-  
bio



bio Encantador, que mis cosas tiene à cargo, que no me deje perecer en esta prision, donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres, é incomparables promesas, como son las que aquí se me han hecho; que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi carcel. Y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza, mi Escudero, yo confio de su bondad, y buen proceder, que no me dejarà en buena, ni en mala suerte; porque quando no suceda, por la suya, ó por mi corta aventura, el poderle yo dar la Insula, ú otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi Testamento, que tengo yà hecho, lo dejo declarado. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas manos atadas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

Quando Don Quijote se vió de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dijo: Muchas, y muy graves Historias he yo leído de Caballeros Andantes, pero jamás he leído, ni visto, ni oído, que á los Caballeros encantados los lleven de esta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos animales; porque siempre los suelen llevar por los ayres con estraña ligereza, encerrados en alguna parda, y obscura nube, ó en algun carro de fuego, ó yá sobre algun hypogrifo, ú otra béstia semejante; pero que me lleven á mí agora sobre un carro de bueyes, vive Dios, que me pone en confusion; pero quizá la Caballería, y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro camino, que siguieron los Antiguos. Y tambien podria ser, que como yo soy nuevo Caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el yá olvidado ejercicio de la

Ca-



Caballería Andante, tambien nuevamente se hayan inventado otros generos de encantos, y otros modos de llevar á los encantados. Qué te parece de esto Sancho, hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leído como vuestra merced en las Escrituras Andantes. Pero con todo eso, osaría afirmar, y jurar, que estas visiones que por aqui andan, que no son del todo cathólicas. Cathólicas, mi Padre? respondió Don Quijote: cómo han de ser cathólicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantasticos para venir á hacer esto? Y si quieres ver esta verdad, tocalos, y palpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de ayre, y como no consiste mas que en la apariencia. Por Dios, señor, replicó Sancho, yá yo los he tocado; y este diablo que aqui anda tan sólicito, es muy rollizo de carnes.

Determinóse la marcha, y el Cura pagó todos los daños, y gastos que havia hecho Don Quijote en la Venta, y se concertó con los Quadrilleros, para que lo acompañasen hasta el Lugar, los quales iban al lado del carro con sus escopetas. La Ventera, su hija, y Maritormes salieron á despedirse de D. Quijote, fingiendo, que lloraban de dolor de su desgracia: mas las dijo: No lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso Caballero Andante. Perdonadme, fermosas Damas, si algun desaguisado por descuido mio os he fecho, que de voluntad, y á sabiendas jamás le dí á nadie, y rogad à Dios me saque de estas prisiones, donde algun malintencionado Encantador me ha puesto, que  
si



si de ellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes, que de este Castillo me avedes fecho, para gratificarlas, servir las, y recompensarlas como ellas merecen. Despidióse el Cura, y el Barbero de Don Fernando, Doña Dorothea, y demás Caballeros, y Damas, que havian concurrido en la Venta, con muchas promesas de cariño, y agradecimiento, por lo mucho que havia hecho el Cura por Don Fernando, y Doña Dorothea.

Empezaron á caminar con Don Quijote, yendo el Cura, y el Barbero detrás del carro, cubiertos los rostros, porque no los conociese D. Quijote. Seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de la rienda á Rocinante, y el Caballero de la Triste Figura sentado en la jaula con las manos, y pies atados, muy silencioso, y á su lado los Quadrilleros con sus escopetas. Caminaron asi hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al bueyero ser lugar acomodado para reposar, y dar pasto á sus bueyes. A este tiempo acertaron á pasar unos caminantes, y entre ellos un Canonigo, que pensó al ver llevar asi á Don Quijote, ser algun hombre facinoroso, ó salteador de caminos: pero el Cura le satisfizo, diciendole, como aquel era el Caballero de la Triste Figura, si yá le oistes nombrar en algun tiempo, que vá encantado, cuyas valerosas hazañas serán escritas en bronce duros, por mas que se canse la envidia en obscurecerlos.

En esto Sancho Panza, que se havia acercado á oir la plática, para adobarlo todo, dijo: Ahora, señores, quieranme bien, ó mal, por lo que dijere: el caso de ello es, que asi vá encantado mi señor Don Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio,

C

él



él come , y bebe , y hace sus necesidades como los demás hombres. Siendo esto así , cómo quieren hacerme á mi entender, que vá encantado? Y bolviéndose á mirar al Cura , prosiguió , diciendo : Ah , señor Cura, señor Cura ! pensaba Vm. que no le conozcô , y pensará , que yo no le calo , y adivino adonde se encaminan estos encantamientos ? Pues sepa , que le conozco , por mas que se encubra el rostro , y sepa , que le entiendo , por mas que disimule sus ficciones. En fin , donde reyna la envidia , no puede vivir la virtud. Malaya el diablo , que si por su Reverencia no fuera , esta fuera yá la hora , que mi señor estuviera casado con la Infanta Micomiconi , y fuera yo Conde por lo menos , pues no se podia esperar otra cosa , así de la bondad de mi señor , el de la Triste Figura , como de la grandeza de mis servicios : pero yá veo , que es verdad lo que se dice por ahí , que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino , y que los que ayer estaban en pinganitos , hoy están por el suelo. De mis hijos , y mi muger me pesa , pues quando podian , y debian esperar vér entrar á su padre por sus puertas hecho Gobernador , ó Visorrey de alguna Insula , ó Reyno , le verán entrar hecho mozo de caballos.

Proseguia diciendo el buen Sancho Panza : Todo esto que he dicho , señor Cura , no es mas que por encarecer á su Paternidad haga conciencia del mal tratamiento , que á mi señor le hace , y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo , y se le haga cargo de todos aquellos socorros , y bienes que mi señor Don Quijote deja de hacer en todo este tiempo que está preso. Adobame esos candiles , dijo á este tiempo el Barbero. Tambien vos , Sancho,



cho sois de la Cofradía de vuestro amo? Vive el Señor, que voy viendo, que le haveis de hacer compañía en la jaula, y que haveis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor, y de su Caballería. En mal punto os empeñasteis de sus promesas, y en mala hora se os entró en los cascos la Insula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre de esos tratos; y aunque pobre, soy Christiano viejo, y no debo nada á nadie: y si Insulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre, puedo venir á ser Papa, quanto mas Gobernador de una Insula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien darlas. Vm. mire como habla, señor Barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro: digolo, porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quedese aqui, porque es peor menearlo. El Barbero no quiso responder á sus simplicidades, y el Cura se retiró aparte á contar al Canonigo las locuras de Don Quijote.

Acertó á llegarse alli un cabrero, que despues de haver tratado algunas cosas con el Cura, el Canonigo, y los demás, preguntó al Barbero: quién es este hombre, que tal talle tiene? Quién ha de ser, respondió el Barbero, sino el famoso Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, y enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los Gigantes, y el vencedor de las batallas. Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de Caballeros Andantes, que hacian todo eso, que de este hombre Vm. dice, puesto, que para mí



tengo, ó que Vm. se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dijo à esta sazón Don Quijote ( que le havian sacado de la jaula para que se desahogase, y comiese ) y vos sois el vacío, y el menguado, que yo estoy mas lleno, que jamás lo estuvo la muy hi de puta, puta que os parió; y diciendo, y hablando, arrebató de un pan que junto à sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, saltó sobre Don Quijote, sobre el qual llovió tanto numero de mogicones, que del rostro del pobre Caballero llovió tanta sangre como del suyo, que tambien la derramaba con el golpe del pan. Rebentaban de risa los circunstantes, quando estando en esto, oyeron el son de una trompeta, tan triste, que los hizo bolver el rostro adonde sonaba.

Pero el que mas se alborotó de oirla fue D. Quijote, el qual, aunque estaba debajo del cabrero, bastantemente molido, le dijo: Hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor, y fuerzas para sujetar las mias, ruegote, que hagamos treguas no mas que por una hora; porque el doloroso son de aquella trompeta me parece, que à alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que yá estaba cansado de moler, y ser molido, le dejó luego, y Don Quijote se puso en pie, bolviendo asimismo el rostro adonde el son se oía, y vió à deshora, que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de disciplinantes. Era el caso, que aquel año por todos los Lugares de aquella comarca se hacian Procesiones, Rogativas, y Disci-  
pli-



plinas por agua, que havia grande segura, é iban á una devota Ermita, que en el recuesto de aquel valle havia. D. Quijote, que vió los estraños trages de los disciplinantes, sin pasarsele por la memoria las muchas veces que los debia haver visto, se imaginó, que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como Caballero Andante, el acometerla.

Confirmóle mas esta imaginacion, pensar, que una Imagen que traían cubierta de luto, fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones, y descomedidos malandrines; y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante, que paciendo andaba, y cogiendo á Sancho su espada, subió sobre él, diciendo en alta voz á todos los que presentes estaban: Ahora, valerosa compañía, veredes quanto importa, que haya en el mundo Caballeros que profesen la Orden de Andante Caballería, y veredes en la libertad de aquella buena señora, que alli vá cautiva, si se han de estimar los Caballeros Andantes; y en diciendo esto, apretó los muslos á Rocinante, y á todo galope se fue á encontrar con los disciplinantes; bien, que fueron el Cura, y demás á detenerle, mas no fue posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: Adónde vá señor Don Quijote? qué demonios lleva en el pecho, que le incitan á ir contra nuestra Santa Fé Cathólica? Advierta, malaya yo, que aquella es procesion de disciplinantes, y que aquella Señora que llevan es la Imagen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire señor lo que hace, que por esta vez se puede decir, que no lo sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo nada oía.

Llegó, pues, á la Procesion, y paró á Rocinante,



te, y dijo: Vosotros, que quizá por no ser buenos, os encubris los rostros, atended, y escuchad lo que decir os quiero. Un Clerigo le atajó, y dijo: Señor hermano, si nos quiere decir algo, digalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon, que nos detengamos á oir cosa alguna, si yá no es tan breve, que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó Don Quijote, y esta es: Que luego al punto dejeis libre á esta hermosa señora, cuyas lágrimas, y triste semblante dán claras muestras, que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguizado la haveis hecho, y yo que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré, que un solo paso adelante pase sin darla la deseada libertad que se merece. Todos echaron á reir al oir á Don Quijote, y le tuvieron por loco. Esto le enfureció mas; y arremetiendo á los de las andas, uno de los que la llevaban, dejando la carga, salió al encuentro con Don Quijote, enarbolando una horquilla. Recibió en ella una gran cuchillada, que se la quebró: mas con una de sus partes, que le quedò en sus manos, dió tal golpe á Don Quijote encima de un hombro, que el pobre vino al suelo muy mal parado; y juzgandole por muerto, levantandose su tunica, echó á huir.

Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viendole caído, dió voces á su moledor, que no le diese otro palo, porque era un pobre Caballero encantado, que no havia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida. Yá llegaron todos los de la compañía de Don Quijote. El Cura fue conocido de otro Cura que venia en la Procecion; y dandole quenta de lo que era Don Quijote, se sosegaron. Fueron à ver  
si



si estaba muerto el pobre Caballero, y Sancho Panza estaba yá arrojado sobre su señor, llorando: mas con las voces que daba, y gemidos, Don Quijote revivió, y dijo: El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinéa, à mayores miserias que estas está sujeto: ayudame Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para subir à Rocinante, porque tengo todo el hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y bolvamos à mi Aldéa en compañía de estos señores, que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida, que nos sea de mas provecho, y fama. Bien decís Sancho, respondió Don Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las Estrellas que ahora corre.

Los compañeros, habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho, pusieron à Don Quijote en el carro, y luego prosiguieron su camino. Llegaron à la Aldéa à la mitad del dia: acudieron todos à ver lo que en el carro venia; y quando vieron à su compatriota, quedaron admirados. Un muchacho acudió luego à dar las nuevas à su ama, y sobrina, de que su tio, y su señor venia flaco, y amarillo, y tendido sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fue el oir los gritos que dieron ama, y sobrina, echando de nuevo mil maldiciones à los libros de Caballería: todo lo qual se renovó quando vieron entrar à Don Quijote por sus puertas. A las nuevas de esta venida de Don Quijote acudió la muger de Sancho Panza, que havia sabido, que havia ido con él sirviendole de Escudero; y así como vió à Sancho, lo primero que le preguntó, fue, que si venia bueno el asno? Sancho la respondió, que venia mejor



jor que su amo. Gracias sean dadas á Dios , replicó ella , que tanto bien me ha hecho : pero contadme ahora amigo , qué haveis sacado de vuestras Escuderrías? Qué Saboyana me traeis á mí : qué zapaticos á vuestros hijos? No traygo nada de eso , respondió Sancho , muger mia , aunque traygo otras cosas de mas momento , y consideracion. De eso recibo yo mucho gusto , respondió la muger. Mostradme esas cosas de mayor consideracion , que las quiero ver.

En casa os las mostraré , dijo Panza , y por agora estad contenta , que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage à buscar aventuras , vos me vereis presto Conde , ó Gobernador de una grande Insula , y no de las de por ahí , sino la mejor que pueda hallarse. Quieralo asi el Cielo , marido mio , que bien lo havemos menester. Mas decidme , qué es eso de Insulas , que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno , respondió Sancho : á su tiempo lo verás , muger , y aun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos. Qué es lo que dices , Sancho , de señoría , Insulas , y vasallos? respondió Juana Panza. No te acucies , Juana , por saber todo esto tan apriesa ; basta , que te digo verdad , y cose la boca. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza , y Juana Panza , su muger , en tanto que el ama , y sobrina de Don Quijote le recibieron , le desnudaron , y le tendieron en su antiguo lecho. Mirabalas él con ojos atravesados , y no acababa de entender en qué parte estaba. El Cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con regalar al tío , y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase , contando lo que havia sido menester para traerle á su casa. Aqui alzaron las dos los gritos al Cielo.



Cielo : allí se renovaron las maldiciones de los libros de Caballería ; allí pidieron al Cielo , que confundiese en el centro del abysmo á los Autores de tantas mentiras , y disparates. Finalmente , ellas quedaron confusas , y temerosas de que se havian de ver sin su amo , y tio en el mismo tiempo que tuviese alguna mejoría : y asi fue como ellas imaginaron , y se verà en la Segunda Parte de su Historia.

Por cierto quedaron todos admirados de semejantes locuras , como el buen D. Quijote havia practicado en su primera salida , y no dejaban de maravillarse huviese llegado á semejantes extremos este pobre hombre , tan embuído de sus libros disparatados ; y no menos admiraban las simplicidades de Sancho Panza , que à la verdad bien se le podia reputar por tan loco como su amo. Mas para concluir la funcion , y dar materia á las risas pasadas , empezó el tio Mauro Pellejero á referir chistes , que traía muy selectos , y graciosos ; y uno de ellos fue el siguiente.

Llegaron à una Ciudad de Navarra unos Andaluces con aceytunas Sevillanas , y higos de Xeréz , para venderlos. Fueronse derechos à la Plaza , y Casa del Peso , donde llegando uno de los Regidores , les preguntó , qué vendian ? Ellos respondieron , que aceytunas , y higos. Veamos qué fruta es esa , dijo el Regidor : manifestaronle lo primero las aceytunas ; y lo mismo fue echar una en la boca , que arrojarla muy enfadado , haciendo mil ascos ; y furioso dijo : *Vive Dios , que estos hombres nos traen frutas de los Infiernos , y sin madurar. Señor Regidor ,* dijo uno de los Andaluces , *reportese V. S. que el genero viene maduro.* A esto se enfureció mas el Regidor , y le dijo : *Majadero , me quiere à mí decir , que el fruto está maduro,*

D

quan-



quando de agrio no hay quien lo meta en la boca? Juro á Dios, que aun las falta á las ciroletas mas de un mes para madurar. Verdaderamente, que tienen á su favor el que hoy no soy yo Regidor de postura, que si lo fuera, en la hora las mandára arrojar en el rio. Llegó otro Regidor, que tampoco era de postura, y probando una de las aceytunas, hizo los mismos ascos que el pasado, y dijo: Por cierto, que Don Fulano tenia razon: este fruto no está maduro, señores míos; y así, marchar luego con él, antes que se lo mande arrojar; que si se permite el venderlo, tendríamos en breve hecha toda la Ciudad un Hospital de tercianas, y tabardillos. Los pobres hombres Andaluces, que vieron la simplicidad de aquellos Regidores, desesperados de ver despreciada su hacienda por falta de conocimiento, determinaron bolver á cargar, para marchar á otra parte, donde conociesen su fruto. Yá estaban practicándolo, quando uno de los que se hallaban presentes les dijo: Esperen ustedes que venga el señor Regidor de postura, que es hombre de mas razon, y conocimiento, y les dará salida á sus generos. Esperaron los buenos hombres, aunque con pocas esperanzas de poder vender en este Lugar sus aceytunas, considerando, que todos sus naturales serían del mismo jaéz que los Regidores. Llegó, en fin, el señor Regidor de postura. Dijeronle los Andaluces: Suplicamos à V. S. nos despache, y ponga precio à estos nuestros generos. Veamos qué genero es ese? dijo el señor Regidor. Tomó una aceytuna en la boca, y empezó luego que la gustó á arrugar la frente, escupir, y decir á los Arrieros: *Esta es fruta de la Nueva España; pues por nuestros Países jamás la hemos visto.* No señor, respondió un Andaluz, es fruta muy comun



mun en España la Vieja. *Digamelo usted à mi camarada: esta fruta se dá en Panamac à los cerdos, como en nuestra tierra la bellota.* No diga V. S. tal cosa, señor Regidor, replicaron los Andaluces, que estas son aceytunas ricas de Sevilla. *Bastará que yo lo diga, señor mio,* dijo el Regidor. Y digame, qué genero es el otro que ustedes traen? Señor, respondieron, higos de Xeréz. Veamoslos, dijo el señor Regidor; y cogiendo, y llegando uno á la boca, dijo: *Esta yá es fruta christiana, y de mejor gusto.* Vamos ahora: à cómo suelen ustedes vender esas ciroleas de Sevilla? Señor, respondieron los Andaluces, à diez, y à doce quartos la libra. Bien, dijo el Regidor. Y los higos de Xeréz? à quarto, y à dos quartos la libra. Estoy enterado. *Pues, señores míos, aborremos de palabras: ustedes no saben lo que se piden; y así, si quieren vender sus generos, estense à mi postura. Dénse los higos à diez quartos, y las ciroleas à quarto, y no hay que replicar mas; pues esas ciroleas aun no están maduras; pero los higos yá me persuado que lo están.* Los picaros de los Andaluces, despues de haver reído para sí la necedad de aquella gente, reflexionaron sobre la necia postura, y conocieron, que tanto les daba el vender las aceytunas al precio que correspondia à los higos, quanto los higos al de las aceytunas; y así, se determinaron abrazar la tonta postura: y vendiendo sus generos al precio asignado, marcharon del Lugar, riendo la simpleza de aquellas gentes.

Rióse mucho la simple ignorancia de los Regidores, y su necia postura de las aceytunas, y los higos; y de improviso contó otro chiste no menos gracioso que el pasado, el tio Pellejero, que fue de esta manera. Vivian dos casados en cierta Ciudad de Casti-



lla, cuyo varón no era de los mas avisados, pero la hembra por extremo astuta, y picara; pues en varios lances que le acontecieron con su marido contra su honor, ésta facilmente le aplacaba, y satisfacía, tanto, que una vez, que cogió á su consorte en la misma alcoba con su Rufian, tuvo maña como disuadirle, no estaban alli por mal fin; porque al mismo punto que le sintieron venir al marido, levantandose de la cama ella, y su Rufian, que era Sastre, éste se puso en ademán de estar midiendo la cama. El buen Juan, luego que llegó, preguntó á la muger: *Que es esto Casilda? Qué hace este señor aqui?* Mas ella astuta respondió pronto: *Marido, determinaba no darte parte de una colgadura que quiero hacer para nuestra cama, hasta que la vieses puesta; y el señor es el maestro que tengo llamado para que me la haga lo mas breve que pueda: y no hay mas mysterio en el caso, que lo que vés. Vaya, pues, muger,* dijo el buen Juan; *porque verdaderamente me havias dado que discurrir, y maliciar. No, señor Don Juan, replicó el Sastre, que no soy hombre de los tratos que Vm. presume. Tengo muger, y nada desgraciada, y aun esa me sobra; y lo que yo no quiero para mí, menos lo quiero para otro. Amigo, retrucó Don Juan, Vm. perdone, que quedo satisfecho de su christiandad, y hombría de bien. Por Dios concluya usted quanto antes la colgadura, que me agradan mucho las idéas de mi muger.* Sucedieron de estos varios lances, y aunque de algunos salió bien la señora Casilda, hubo otros, que en medio de haverlos encubierto con bastante sagacidad, el buen Juan no dejó de maliciar, que su muger le hacía trampa. Yá llegó del todo á presumirla, y casi á certificarse; pero él jamás se atrevió á reñirla, ni á cas-

ti-



tigarla; y un dia se determinó dar aviso á su suegro del mal trato de su hija, para que la castigase, y enmendase. Dijole: Señor, por no poder yá sufrir las desembolturas, y libertades de vuestra hija, vengo á daros que sentir; pues sé de cierto, que me hace traycion á mi honor; y así, procurad poner en ello remedio, que yo yá no puedo tolerar tanta afrenta. El suegro, que debia de ser tan avisado como el yerno, le respondió: *Reposaos, hijo, que esa enfermedad de mi hija la viene de herencia, así como la enfermedad de la Gota, y Tisis; pues por vida de entrambos, que lo mismo hacia, y la misma dolencia tenia su madre, hasta que llegó á los sesenta y tantos años. Aplacate, pues, que ella con el tiempo lo perderá, como así lo hizo su madre, que aun fue peor que vuestra muger.* El buen Juan quedó muy sosegado, y dijo: *Pues señor suegro, como así sea, quedo contento, que los tiempos no siempre son unos; y tambien me hago el cargo de las mocedades, y á mi muger, como á niña, se la debe suplir algo.*

El cuento conmovió á todos los Tertulios á mucha risa, viendo la simplicidad de aquel cabron, y carnero manso, como la astuta muger, y el tonto suegro le sosegaban; y al punto saltó el señor Médico con un chiste de un tuerto, y un corcobado, que fue de esta suerte.

Salió muy de mañana á ciertas diligencias un hombre tuerto, que nada veía, sino por un ojo: encontróse con un corcobado, y le dijo: *Compadre mio, muy de mañana haveis cargado.* Respondió el corcobado: *Si señor, muy de mañana he cargado, tanto, que Vm. aun nó tiene abierta sino una ventana de su quarto.* El tuerto, que debia de ser quimerista, y de aquellos bufones, que son amigos de chasquear, y no

ad-



admitir los retruques, se alteró luego al oír la pulla del corcobado, y pronto armaron allí una pendencia. Dieronse varios mojicones; mas el corcobado, que llevaba un palo, le acertó tan de buena gana al ojo sano, que se le echó fuera, y el buen tuerto, en pago de su temeridad, quedó ciego. El corcobado, que sin duda era gracioso, le dijo pronto al verle sin ojos: *Amigo mio, perdone Vm. la pulla antecedente, que me retrato, y nada de lo dicho; pues la primera qualquiera la yerra: muy de mañana he cargado, tanto, que Vm. aun no ha abierto las ventanas de su casa.* El ciego, que estaba rabioso, y dolorido de la falta de su ojo, le respondió: *Vayase usted con once mil demonios, y cargue con quince mil diablos, que le lleven á él, y á su corcoba; y ojalá no le huviera yo jamás encontrado, para traerme á semejante desdicha.*

Rióse mucho este gracioso lance: y como yá no faltaba mucho para las ocho, se ofreció pronto el Escribano á contar un caso, que fue el siguiente. Salieron á caza un Portugués, y un Castellano bien avenidos, que no era poco. Iban convenidos en partir mitad por mitad quanto cazasen. Anduvieron toda una tarde cazando, y no pudieron coger sino una perdíz, y un mochuelo. Llegó el tiempo de la particion. Era el Castellano muy picaro, y el Portugués no de los mas avisados. Trazó aquel, como quedase el Portugués con el mochuelo, que muerto nada valia. Deciale el Castellano: *Amigo partamos: Llevese usted el mochuelo, que yo me llevaré la perdíz.* El Portugués queria la perdíz, y no el mochuelo, y así le decia: *Naon é boa contra, meu amigo á que vucé fac.* El picaron del Castellano replicaba: *Pues si á usted no le agrada el llevarse el mochuelo, y yo llevarme la perdíz, yo me quedaré*



*ré con la perdíz, y usted cargará con el mochuelo.* Veía el Portugués, que siempre le tocaba á él el mochuelo en las cuentas que hacía el bribon del Castellano, y le bolvia á decir: *Tampouco é boa conta à que vucé agora fac.* Pues señor mio, decia el Castellano, para que vea, que le hago todo partido, escoja de estas dos particiones la que mejor le pareciere. Dos piezas son las que hemos de partir, una perdíz, y un mochuelo; y así: *O sea para Vm. el mochuelo, y para mí la perdíz, ó para mí la perdíz, y para Vm. el mochuelo.* Pusose á reflexionar el Portugués la partija, diciéndole muy despacio: *Ou sea para vucé ó mochuelo, é para mim à perdíz, ou sea para mim à perdíz, é para vucé ó mochuelo.* Y al cabo, no dando el Portugués en la picara distribucion del Castellano, solo sí en que siempre le tocaba el mochuelo, le dijo: *Tampouco me agrada ista conta que vucé fac, pois siempre me touca ó mochuelo, é naon à perdíz.* Pues yo haré, señor Portugués, que le toque la perdíz, dijo el Castellano: *Lleveselo todo, y pagueme la perdíz, y el mochuelo.* A esto replicó el Portugués, y dijo: *Nen tantou, nen tan pouco, seu Castesao: eu quero à perdíz soó.* Pues bien dijo el Castellano: Es gusto mio, que Vm. se lleve la perdíz, y el mochuelo, y que solo me pague lo que puede valer la perdíz, que creeré sea esta la mejor particion que puede desear; y verdaderamente, que semejante partija no la hiciera yo con otro. Agradóle al inadvertido Portugués este convenio, y luego le dió el valor de la perdíz al Castellano, diciéndole: *Agora sin, que vucé acertou con á partija. Tome ó valor da perdíz.* Dióle los quartos, y el picaro del Castellano se fue riendo del Portugués, por haberle engañado, y salido con la suya de haverle to-



tocado la perdíz , si no en pluma , á lo menos en dinero.

Mucho se rió la picardía del Castellano , y la poca advertencia del Portugués ; y alzandose todos de sus asientos , se fueron á sus casas muy divertidos , y gustosos del suceso , aventuras , y sobre todo , de los chistes tan graciosos de aquella noche , prometiendo no menos divertidos en las siguientes.

**F I N.**

